

Y ese temor sin objeto,  
Y ese insecto pertinaz  
Que zumba, y silba, y se agita,  
Sube y baja, y viene y va;  
Y ese empeño, esa porfía  
Con que en nuestro torpe afán  
Procuramos el descanso,  
¡Vive Dios! que no son más  
Que el miedo á nosotros mismos  
Que nos impone tenaz  
Crear, ó velar.

Es la sombra incomprensible  
De ese oculto *mas allá*;  
Tras de cuyo pensamiento  
No alcanzamos á ver más  
Que lo que envuelve la noche,  
*Silencio y oscuridad.*

## III.

## EL AMANECER.

Y al fin de tanto temer,  
Tanto soñar sin dormir,  
Y tanto afán,  
El alba esperando ver,  
Cerrándose sin sentir  
Los ojos van.

Al menor ruido que oímos  
Vuelven á abrirse otra vez  
Lentamente,  
Mas apenas los abrimos  
Tornan á su lobreguez  
Muellemente.

Y todavía creemos  
Que sentimos y miramos  
Desvelados,  
Y lo que oímos y vemos  
Es solo lo que soñamos  
Fatigados.

Todavía en la cabeza  
Se agitan los pensamientos  
Confundidos,  
Y con lánguida pereza  
Dejamos sus movimientos  
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones  
Que nuestro capricho loco  
Nos finja,  
Sus medrosas ilusiones  
Desvanecen poco á poco  
Con el día.

Una luz tibia, insegura,  
El quicio de alguna reja  
Iluminando,

Sobre la pared oscura  
La luz que fuera refleja  
Va pintando.

Y en el rayo fugitivo  
Que se pierde en el flotante  
Polvo leve,  
Aquel insectillo esquivo  
Cruzando á su torno errante  
La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,  
Sube, y baja, y huye, y viene  
Sin recelo,  
Y se pierde, y se retira,  
Y sobre la luz se tiene  
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana  
El esquilon nos despierta  
Un momento,  
Y en una ilusión liviana  
Concibe la luz incierta  
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente  
Y el insecto pertinaz  
Que bulle en torno,  
Pasan un punto en la mente  
Como una sombra fugaz  
Sin contorno.

Y en la duda vacilando  
Si velamos ó dormimos,  
Nos parece  
Que el sueño á que nos rendimos  
Nos va la luz apagando  
Que amanece.

Y pasando del dudar  
Al descanso del dormir,  
Olvidamos  
Lo que nos vino á turbar,  
Y lo que pudo existir  
O soñamos.

Y al despertar otro día  
Ya no guardamos memoria  
Ni recelo  
De la inquietud y agonía,  
De la fantástica historia  
De aquel desvelo.

Porque así, pasan sombrías  
Las horas de nuestros días  
Revoltosos,  
Las noches de dudas llenas,  
Los días llenos de penas  
Y azarosos.

Las noches creyendo ver  
Lo que tenemos de creer  
Y dudamos;

Y los días sin pensar  
En lo que hemos de soñar  
Cuando durmamos.

¡Oh! verted blando beleño,  
Tardas noches, en mi sueño  
Al resbalar,  
Y tras sueño inquieto y largo  
No tenga un recuerdo amargo  
Al despertar.

## SOLEDAD DEL CAMPO.

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,  
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,  
Donde de cuitas é inquietud ajeno  
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,  
Y el sol te dé riquísimos colores,  
Y abundosas las lluvias te aseguren  
Tu cosecha de espigas y de flores.

¡Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra oscura  
Donde tornara al que perdí reposo?  
¡Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura  
De tu arbolado suelo tan frondoso?

¡Quién me diera el pacífico murmullo  
De tus olmos mecidos mansamente,  
De tus palomas el sentido arrullo,  
Y el grato son de tu escondida fuente?

Cuando en tu blanda yerba recostado,  
Lejos de los impúdicos festines,  
En apacible trino regalado  
Me adormían los sueltos colorines.

Y yo les vía en las latientes plumas  
Sostenerse y picar la espesa grama,  
Y turbar del remanso las espumas,  
Y en el árbol saltar de rama en rama.

¡Ay, cuánto habrán los afanosos días  
Hollado tanta gala y donosura!  
¡Cuántas tormentas al pasar bravías  
Habrán roto tan frágil hermosura!

¡Cuán mal sonara ya mi voz mundana  
Bajo ese techo de hojas campesino,  
Sobre esa alfombra espléndida y liviana  
Que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mí tan torpe empeño!  
Apagaré el compás del arpa loca,  
Y de tus aves el sabroso sueño  
No turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,  
Con ver de lejos tu silvestre pompa...!  
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte  
En lágrimas de amor cansado rompa.

Que nada son los fáciles laureles  
Con que el mundo nos brinda lisonjero,  
Si al prestarnos su manto de oropelos  
Rasga y desnuda el corazón primero.

Cuando seguí desatentado y loco  
Del mundano placer las torpes huellas,  
Aprendí que el placer vale bien poco...  
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en órgia estrepitosa  
La perfumada copa levantaba,  
Al apartarla de la faz jugosa  
En el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre al son de la caliente fiesta,  
Las canciones, la báquica armonía  
Me hacían apetecer la blanda siesta,  
Y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,  
Y siempre en su tañer la danza impura  
Me acordaba la música villana  
Con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores  
La sien tocaba y el desnudo cuello,  
Sin pedir á sus cálices olores  
Con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruisiñores suspendidos  
Entre grillos y cárceles de oro,  
Con el ronco tumulto ensordecidos  
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado  
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,  
Y el inmenso salón entapizado  
Erale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba  
¡Oh deleitable soledad campestre!  
Por el sosiego y paz que en tí gozaba  
Bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh qué me place, soledad sabrosa,  
Del fresco soto y del sombrío ameno  
La tibia luz y el aura bulliciosa  
Que alumbra y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila  
En el fondo de lóbrega laguna,  
Cuál resbalaba en ilusión tranquila  
La turbia imágen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,  
La verde juncia, y la amistosa yedra,  
Do tejen campesinas las arañas  
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,  
Y en tanto que en los hilos se enredaba  
Acechábale oculta de hito en hito  
La cazadora ruin que le esperaba.

Allí via constante en su fatiga  
Ir y venir por la vereda usada  
A lentos pasos la afanosa hormiga  
Con la futura provision cargada.

Y allí en la rama que la noche fria  
Con niebla moja, y con el aura enjuga,  
Yo al sol del alba columpiarse via  
En baba frágil la vellosa oruga.

Y allí tambien, sin fueros de jardines,  
Via huecos con parras entoldados,  
Do habia pabellones de jazmines  
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,  
Lirios azules, rosas purpurinas,  
Jacintos y sangrientas amapolas,  
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando  
Cruzábale un arroyo, y amarillas  
El césped de la márgen salpicando  
Le orlaban mil vistosas florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa  
Libre de flor en flor volando ufana,  
Su librea ostentando revoltosa  
De oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,  
Ya esquivaba al pasar las otras flores  
Avergonzando lirios y claveles  
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda,  
El perezoso caracol salia  
Del fresco sulco á la pintada falda  
A bañarse en el sol de medio dia.

Y sobre alguna frágil eminencia  
Estendiendo su cuerpo trasparente,  
Tornaba á bendecir la Omnipotencia  
Los elásticos ojos al Oriente.

Y allí zumbando la officiosa abeja  
Entre los frutos del jardín opimos,  
La blanca miel que en sus panales deja  
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡oh pacífica ventura!  
¡Oh soledad del campo deleitosa!  
En tí de la inquietud de su locura  
El fatigado corazon reposa.

¡Quién me tornara á la enramada umbría  
Donde ecos tuvo mi cantar pimero?  
¡Acaso alegre el arpa sonaria  
Al blando son del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas  
Por la importuna suerte arrebatado,  
He de cantar en lamentosas rimas  
La patria soledad que habré dejado.

¡Adios! entonces, venturoso suelo  
Donde libre nació, pero desnudo,  
Cúbrate en paz el compasivo cielo  
En tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,  
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,  
Donde de cuitas é inquietud ajeno  
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,  
Y el sol te dé riquísimos colores,  
Y abundosas las lluvias te aseguren  
Tu cosecha de espigas y de flores.

#### SONETO.

Con el hirviente resoplido moja  
El ronco toro la tostada arena,  
La vista en el ginete alta y serena  
Ancho espacio buscando el asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja  
Pálida de valor la faz morena,  
E hincha en la frente la robusta vena  
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama:  
Sacude el toro la enastada frente,  
La tierra escarba, sopla y desparrama;

Le obliga el hombre, parte de repente,  
Y herido en la cerviz, húyele y brama,  
Y en grito universal rompe la gente.

#### A BLANCA.

¡Oh! que me place, Blanca,  
Cerca de mí tenerte,  
Cuando la noche turban  
Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra  
Trémula y trasparente  
De las colmadas copas  
En los cristales ténues.

Cuando los ojos húmedos  
De luz avaros hierven,  
Y en cada luz sin tino  
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan  
Debajo de tu frente  
Tus ojos de azabache,  
Y hogueras me parecen!

¡Oh! que me place, Blanca!  
Bebe, alma mia, bebe,  
Y el mundo que murmure,  
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos  
Por los hombros de nieve,  
Cual pabellon que guarda  
Del roceo las sienas.

El cuello sin cendales  
El aura mansa orée,  
Y el calor de tu seno  
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos  
Entre las copas jueger,  
Como niños sin juicio  
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios  
La roja lengua muestren,  
Formando las palabras  
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa  
Brotando de repente,  
La blanca dentadura  
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido  
Veré cómo turgente  
El agitado pecho  
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!  
Bebe, alma mia, bebe,  
Y el mundo que murmure,  
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra  
Do habitan unas gentes,  
Con lanzas en las manos  
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua  
Se acechan y acometen,  
Velando atentos unos  
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades  
Con torres y con puentes,  
Y que cuando unos mandan  
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mia,  
Estar lidiando siempre  
Porque los unos salgan  
O que los otros entren!

Sin duda que han perdido  
Su vino y sus mugeres,  
Cuando en tales manías  
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa:  
Brindemos . . . Mas ¡qué tienes?  
¡Por qué el cendal desciñes  
De la cintura leve?

¡Por qué sobre la mano  
Doblas así la frente?  
Acaso los licores . . .  
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besarela en los labios;  
Tal vez cuando despierte  
Mi blando beso en ellos  
Acaricie y estreche.

A Dios, hermosa Blanca:  
Tranquila y quieta duermes,  
Y si despiertas pronto  
A los licores vuelve.

Así se goza, Blanca:  
Bebe, alma mia, bebe,  
Y el mundo que murmure,  
Que el mundo es un imbécil.

#### ODA.

Prestadme el dulce canto,  
Aves del valle y de la selva umbría,  
Y levantad en tanto  
Para arrullar mi llanto,  
Frescas hojas, monótoma armonía.

Y tú, sonoro viento,  
Tus alas de vapor lánguido mece,  
Y en blando movimiento  
Con perfumado aliento  
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares  
De vosotros no mas serán oídos,  
Que el duelo y los pesares  
Solo en nuestros hogares  
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente  
Murmura del que llora y del que pena,  
Del que placer no siente:  
Y el triste eternamente.  
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano  
Que solo da suplicios y agonía,  
Y exige soberano  
Que llame el triste humano  
Imperio paternal su tiranía.

¡Mas qué vale que errante  
Y solo de los ecos atendido

Mis amarguras cante,  
Y el aire se levante  
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa  
¿No cantan á la par los ruiseñores?  
¿No susurra armoniosa  
El agua bulliciosa,  
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero  
Cuando el rocío de su bosque orea,  
¿No suena lisonjero,  
Y en murmullo hechicero  
Las yerbas y los árboles menea?

¿Maldita mi locura!  
¿No valdrá mas cantar cual ellos cantan,  
Que acrecer mi amargura  
Mientras en la espesura  
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! ven, arpa sonora;  
Y rompe loca en himnos bulliciosos,  
Cantando seductora  
Al són que bulle ahora  
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,  
Y es el mundo no mas pompa liviana,  
Y al fin la tierra hendida  
Su farsa concluida  
Sepulcro universal será mañana.

Cantaré descuidado  
Lo inútil de esta misera existencia,  
Ya el cielo esté nublado,  
Ya en calma y sosegado,  
Ya el huracán reviente con violencia.

Porque en verdad, ¿qué importa  
El mundanal orgullo y la ventura  
De esta vida tan corta,  
Si en igual fin aborta  
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente  
Alejandro ser rey en Macedonia,  
Y avasallar la gente,  
Y pretender demente  
Ser adorado un Dios en Babilonia;

Si por extraño modo,  
Sin poder apurar el hondo vaso  
Dió el aliento beodo,  
Y dió por fin de todo  
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria  
Cantar de Grecia al inmortal Homero,  
Y á su nombre en la historia  
Dejar alta memoria,  
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo  
La hermosa Caba, el cetro de los godos,  
Si huyendo al enemigo  
Dichas y amor consigo  
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes  
Que esas estatuas hoy le levantemos  
De los años triunfantes,  
Si sus libros gigantes  
A sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos  
Bustos dorados de los muertos reyes,  
Sus palacios y escudos,  
Si sus pueblos desnudos  
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones  
Que sus pueblos se inmolen y combatan  
Al pié de sus pendones,  
Si sus nobles legiones  
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,  
La grande Roma, de su pompa y brio,  
Y su beldad primera . . . .  
Esa vieja ramera  
Cuyo esqueleto duerme sobre un rio?

¿Y qué han salvado apenas  
De tal desórden y tamaño estrago  
Las de riqueza llenas  
Tiro, Palmira, Atenas,  
Tebas, Corinto, Menfis y Catargo?

¿Escombros y memorias . . . !  
Humo de aromas, tumba de tiranos  
Que manchan las historias,  
Dando en cifras mortuorias  
Polvo á la tierra, casa á los gusanos.

Y si esto solo resta,  
Si esto por fin de nuestro afán nos toca,  
Tonos, arpa, me apresta,  
Que quiero en muelle siesta  
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis piés resbala  
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo  
Que la arenilla cala,  
Y su márgen iguala  
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla  
Le dan manso murmullo y grata sombra,  
Y la caña amarilla  
La alta cerviz le humilla  
Dándole al paso pabellon y alfombra.

Y le saltan trinando  
Pardos mirlos y rojos colorines,  
Y en su césped posando

Las palomas pasando  
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora  
De ese arroyuelo que en mis versos pinto,  
Cantar me place ahora,  
Y quédense en buen hora  
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre  
Legue á mi gente con baldon ó fama  
En la mansion del hombre,  
Y al universo asombre,  
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero  
Mi voluptuosa y lánguida pereza,  
Pues ni pierdo, ni espero;  
Y otro cante altanero  
La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron  
Tasso, Homero y Cervantes, y murieron,  
Y sus pueblos amaron,  
Y los pueblos que honraron  
Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino  
Sin medida ni fin, coto ni valla,  
Do desnudo y sin tino  
Si encuentra el peregrino  
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estatuas algun día,  
Cual dan á Homero y á Cervantes, quiero,  
Si hoy en la patria mia  
Fortuna tan impía  
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido  
En que esta vida y tierra se abandona,  
Libre acaso de olvido  
Mi sepulcro escondido  
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente  
En mi sepulcro al encontrar mi nombre;  
Mas no dirá insolente  
Que me pesó en la frente  
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero  
Mi voluptuosa y lánguida pereza,  
Pues ni pierdo ni espero,  
Y otro cante altanero  
Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora  
De este arroyuelo que en mis versos pinto,  
Cantar me place ahora,  
Y quédense en buen hora  
Con sus historias Menfis y Corinto.

#### LA MARGEN DEL ARROYO.

¿Qué dulce es ver muellemente  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando,  
Un arroyo trasparente  
Que va por la verde alfombra  
Murmurando!

Ver como la yerba blanda  
En la márgen se le inclina,  
Y cómo crece  
De violas morada banda  
Que la linfa cristalina  
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas  
En haz espeso apiñados  
Se le encorvan,  
Y las raíces someras  
Evita par ambos lados  
Si le estorban.

Insectos de mil colores  
Con mil susurros campestres  
Le dan ruido,  
Y en vez de cuidadas flores  
Rueda entre lirios silvestres  
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas  
De cortesanos jardines  
La hermosura,  
Porque á cientos amapolas  
Jacintos brota y jazmines  
Su frescura.

Ni han de envidiar á los rios  
Los alcázares y puentes  
Que sustentan,  
Por que esos monstruos sombríos  
Mas que coronar sus frentes  
Las afrentan.

Ni á las fuentes ni cascadas  
Sus tazas de jaspe y oro,  
Ni sus rocas,  
Aunque se vierten hinchadas  
En estrépito sonoro  
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas  
Entre agudas espadañas  
Cortadoras,  
Esponjadas y amarillas  
Altas y sonantes cañas  
Cimbradoras.

Ni ha de envidiar á los mares  
De buques la escelsa pompa  
Y gritería,

Ni sus altos alminares,  
Ni de su bélica trompa  
La voz impía.

Porque tiene en un remanso  
Sauces y olmos corpulentos  
Encopados,  
Que le hacen murmullo manso  
Al suspirar de los vientos  
Perfumados.

Y en vez de roncros clarines  
Columpia trinando amores  
La ancha copa,  
De mirlos y colorines  
Y vistosos ruiseñores,  
Pintada tropa.

¡Oh dulce es ver muellemente  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando,  
Un arroyo trasparente  
Que va por la verde alfombra  
Murmurando!

¡Oh qué dulce es contemplar,  
El agua los piés venir  
A lamer,  
Y susurrando pasar,  
Y al intentarla seguir  
La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,  
Y aquel seguir siempre igual  
Su camino;  
Y aquel trasparente juego  
Que hace el voluble cristal  
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas  
Que se arrastran y se empujan,  
Y se acosan,  
Y aquellas redes y telas  
Que en las arenas dibujan  
Do se posan.

Y aquellas cintas de plata  
Que en el perfil de las ondas  
Finge el sol,  
Donde entre gotas redondas  
Duplica, aviva y retrata  
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga  
Que en hilos imperceptibles  
Baja á vellás,  
Y al tocarlas las arruga,  
Y al sentir las tan movibles  
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada  
Medio mosca y medio pez  
Sobre alguna,

Siempre en la misma jornada,  
Y el paso mas cada vez  
Se importuna.

Siempre en el mismo lugar  
En su afán sin concluir  
Noche y día,  
La oruga siempre en hilar,  
Siempre el insecto en seguir  
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento  
En que gozan los sentidos  
Viendo tal,  
Que duda el entendimiento  
Si duermen al son mecidos  
Del cristal,

¡Oh, dulce es ver muellemente  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando,  
Un arroyo trasparente  
Que va por la verde alfombra  
Murmurando!

¡Arroyo, es muy triste  
Pensar junto á tí  
Que así van las vidas  
Rodando á su fin!  
Hoy tiende en tu márgen  
Sus flores abril,  
Tus ondas perfuman  
El lirio y jazmin,  
Su sombra te prestan  
Tus árboles mil,  
Te canta armonioso  
Su amor desde allí,  
Bebiendo tus aguas  
Libre el colorin,  
Te arrulla sonora  
La caña gentil,  
Tu orilla es un fresco  
Y ameno jardín,  
Que el sol tornasola  
Del alto cenit. . .  
Pero ¡ay! que es muy triste  
Pensar junto á tí  
Que así van las vidas  
Rodando á su fin!

Arroyo, así viven  
Los que han de morir,  
Gozando embriagados  
El tiempo feliz!  
Vendrá julio ardiente  
Tu pompa á extinguir,  
Y á impulso de oculto  
Veneno sutil,  
Secarán tus lirios  
Su tallo y raíz,  
Perderá tu yerba

AL ULTIMO REY MORO DE GRANADA,

BOABDIL EL CHICO.

I.

Una ciudad riquísima, opulenta,  
El orgullo y la prez del Mediodía,  
Con régia pompa y magestad se asienta  
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España  
En hebras de purísimos colores,  
Y brotan al calor con que la baña  
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el aura sutil respira aromas,  
Y la estremecen sobre cien jardines  
Bandadas de dulcísimas palomas,  
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas  
En su verde llanura se derraman,  
Y á su confin en playas españolas  
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,  
Fatiga de los fastos sus memorias,  
Su grandeza y tesoros son sin cuento  
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul y trasparente,  
Fresca la brisa, amiga la fortuna,  
Fértil la tierra, y brilla eternamente  
Serenos el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras mas remotas  
Véanse allí como en otro paraíso,  
Los pomposos laureles del Eurotas  
Y los húmedos tilos de Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,  
De Cartago los frescos arrayanes,  
Las cañas del Jordan en son incierto  
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses  
Las vides de Falerno allí seorean,  
Y los de Jericó místios cipreses  
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,  
Lúgubres sauces, altos mirabeles,  
Y olivos y granados y morales  
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas  
Tal vez la alegre Italia envidiaría,  
Y por sus anchas y fragantes rosas  
Sus rosas la trocará Alejandría.

Su verde turquí,  
Las rojas violetas  
Su aroma y matiz.  
Írase estrechando  
Tu manso perfil,  
Tus cañas y juncos  
Vendrán á rendir  
Encima tus aguas  
La seca serviz,  
Y al ín tu corriente  
El hilo sutil  
Su curso en la arena  
Vendrá á concluir. . .  
¡Ve, arroyo, que es triste  
Pensar junto á tí,  
Que así van las vidas  
Rodando á su fin!

Arroyo, sigue corriendo  
Por esa silvestre calle  
De verdura,  
Que abajo te están abriendo  
Los cenegales del valle,  
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando  
Mientras te preste sus flores  
Primavera,  
Que al valle irá resbalando  
Con sus galas y primores  
La primera.

Ella nunca será mas  
Que un mensaje del verano  
Fugitivo;  
Pero tú, arroyo en el llano,  
Lago en el valle serás  
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,  
Ni juncos, ni esbeltas cañas,  
Ni amapolas.  
Ni vendrán los colorines  
A tus márgenes extrañas  
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo días,  
Tú á merced de una fortuna  
Siempre igual,  
Tendrás suelo y ondas frías,  
Bien sea arroyo ó laguna  
Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,  
Sigue por la verde alfombra  
Murmurando,  
Que es dulce verla correr  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando.